

LA BATALLA DE LA VIDA.

HISTORIA DE AMOR.

POR CARLOS DICKENS.

SEGUNDA PARTE.

Ocupaban Snitchey y Craggs en el antiguo campo de batalla un buen "oficillo," en el cual hacían sus buenos negocillos y sostenían numerosos combates en toda regla por un crecido número de partes desavenidas. Ora atacaban á este, ora almorzaban con aquel, lo cual no obstante se veían de vez en cuando en el caso de tener sus ligeras escaramuzas con un cuerpo irregular de deudores. Hacia la Gaceta un papel importante en los negocios de ellos y en las mas de las refriegas que comandaban se encontraban siempre envueltos en torbellinos tan densos de humo, que á duras penas alcanzaban á distinguir de entre sus enemigos á sus amigos.

El oficio de los señores Snitchey y Craggs estaba muy bien situado en la plaza del mercado, de suerte que cualquiera arrendatario caviloso no tenía mas que dar un paso para colarse en él. El cuarto especial del consejo, que de paso servía de sala de conferencias, era una pieza vieja retirada, situada en alto: el cielo bajo y negro de esta pieza parecía como que fruncía el entrecejo al reflexionar en las dificultades inextricables de la ley.

La pieza consabida poseía, en punto de mobiliaje, unas cuantas sillas de espaldar alto y forradas de cuero. Estas sillas estaban guarnecidas de clavos gruesos de cobre y de tramo en tramo faltaban dos

ó tres, caídos de decrepitud ó arrancados por los dedos de algunos clientes distraídos. En la pared veíase el retrato de un célebre juez ataviado con una peluca terrible, de la cual cada bucle había llevado el pavor en lo mas hondo del alma de un litigante. Montones de papeles embarraban los mugrientos aposentos, los tabiques y las mesas, y á lo largo del artesonado veíanse acomodadas por hileras unas cajas cerradas con candados, en que estaban grabados los nombres de los clientes; pero como estos nombres estaban escritos al revés, los curiosos se veían obligados á deletrearlos y á hacer anagramas al aparentar escuchar á Snitchey y á Craggs, en cuyas palabras no entendían una jota.

Snitchey y Craggs tenían, en la vida pública así como en la vida privada, su consorte cada uno. Eran Snitchey Craggs los mejores amigos del mundo y recíprocamente se otorgaban una confianza positiva; pero mistress Snitchey, por una de esas rarezas harto comunes en los negocios de la vida, se manifestaba sistemáticamente desconfiada de maese Craggs, mientras mistress Craggs por su lado, desconfiaba sistemáticamente de maese Snitchey.

—¡Tus Snitchey! solía decir mistress Craggs á su marido, ¡tus Snitchey! En verdad que no entiendo que tengas tanta

necesidad de ellos. Pones demasiada confianza en ellos, y Dios quiera que no lleve á salirte á la cara lo que te digo.

Por su lado, mistress Snitchey decía á su consorte, hablando de Craggs, que si algún día llegaba á verse en un aprieto, culpa sería de Craggs.

Con todo y eso, habitualmente existía una buena correspondencia entre las cuatro personas, y las dos mujeres habían celebrado un pacto de alianza contra el "oficio" que ellas miraban como á comun enemigo, con tanto mas motivo cuanto ignoraban los negocios particulares de sus maridos.

Y era sin embargo en este "oficio" donde Snitchey y Craggs hacían su agosto. Con frecuencia, en las noches hermosas, los dos socios, sentados junto á la ventana del cuarto del consejo, que daba al antiguo campo de batalla, se maravillaban de la locura de los hombres, que en lugar de litigar cómodamente no pensaban mas que en la guerra. En lo general ocurrían estas reflexiones en la época de la convocación de los tribunales, durante la cual la multiplicidad de los negocios daba á su mente un sesgo sentimental.

En el tal oficio les habían pasado dias, semanas, meses y años por los lomos. Allí era donde se hallaba el calendario de ambos, las sillas de clavos de cobre, y los rimeros de papeles amontonados sobre las mesas. Allí, tres años trascurridos desde el desayuno en el verjel, habían puesto flaco al uno y rollizo al otro.

Por esta época era cuando se hallaban una noche sentados en consulta en el cuarto del consejo.

No estaban solos. Encontrábase con ellos un hombre de unos treinta años, el cual estaba vestido con poco esmero, y tenía una cara algo desfavorida. Por lo demás, era bien apersonado y no carecían

de distinción sus facciones. Este hombre, sentado en el sillón de maese Snitchey, con una mano puesta en el pecho y otra entre sus enmarañados cabellos, estaba sumergido en la mas profunda meditación. Maese Snitchey y maese Craggs estaban sentados uno en frente de otro, junto á una carpeta inmediata encima de la cual estaba un cajón abierto, Parte de lo que contenía este cajón yacía esparcido sobre la mesa, y el resto de los papeles se hallaba en ese momento en las manos de maese Snitchey, quien después de haberlos acercado uno por uno á la luz, los pasaba meneando la cabeza, á maese Craggs, quien los examinaba y meneaba la cabeza tambien. De tiempo en tiempo suspendíanse, y meneando simultáneamente la cabeza, dirigián la vista á su cliente. Encima de la caja se veía escrito este nombre:

Michael Warden^s, esquire.³

De lo cual podemos sacar en claro que este nombre era el mismísimo del cliente consabido y que sus negocios se hallaban en malísimo estado.

—Se acabó, dijo maese Snitchey tomando el último papel. En verdad, no hay otro medio. No hay otro medio.

—¿Con que todo está perdido, gastado, disipado, empeñado, vendido? preguntó levantando los ojos el cliente.

—Todo, todo, respondió maese Snitchey.

—¿No queda cosa ninguna que hacer, decís?

—Absolutamente nada.

Mordiése las uñas el cliente y volvió á darse á sus meditaciones.

—¿Y hasta mi seguridad personal está

¹ Miguel.

² Warden.

³ Voz inglesa que significa propiamente ESCUDERO, pero que equivale á nuestro SEÑOR DOS; pronunciase *tesdian*.

comprometida en Inglaterra?... ¿Persiste usted en esta opinion?

—Persisto, replicó maese Snitchey.

—¡Arruinado á los treinta años! exclamó el cliente. ¡Dios mio!

—Lo que es arruinado, no, caballero Warden, repuso Snitchey. La situacion no está determinada hasta ese extremo. Habeis marchado con pasos de gigante á vuestra ruina, no puedo menos de confesarlo; pero con una poca de cordura... con una administracion severa...

—¡Un diablo! interrumpió el cliente.

—Caballero Craggs, salió Snitchey, ¿gustais darme un polvó?... Gracias, caballero.

Mientras que el impertérito abogado sorbia su tabaco con la traza del que se saborea con un goce que le arrebató los sentidos, vino á cabo el cliente de gestear una sonrisa, y alzando los ojos:

—Habeis hablado de administracion severa, dijo; ¿qué tiempo tendria que durar eso?

—¿Qué tiempo? repitió Snitchey quitándose de los dedos las particulas de tabaco que tenian pegadas, en tanto que con mucha lentitud hacia un cómputo. Para redimir vuestra hacienda gravada, caballero, estando vuestros intereses en buenas manos, supongamos en las manos de S. y C., se necesitarian seis ó siete años.

—¡Morirse de hambre durante seis ó siete años! dijo el cliente con risa convulsiva y espantosas contorsiones.

—Morir de hambre durante seis ó siete años, caballero Warden, dijo Snitchey, el caso seria en efecto bastante extraordinario. Haciendo ese oficio durante los siete años consabidos, podríais ganaros otra hacienda cuando saliérais al público. Pero no nos parece hacadera la cosa... Hablo por mí y por Craggs... Por tanto, no la aconsejamos... Es necesario poner en buenas manos la administracion de

vuestros bienes, os lo vuelvo á decir. Si nos dais esta encomienda á mí y á Craggs por el término de unos años, se arreglarán vuestros negocios. Mas para ayudaros á hacer algunas composiciones y para que no podais echarlas al traste es preciso que pongais tierra en medio. En cuanto al moriros de hambre, aquí nosotros podríamos, aun desde los primeros dias, aseguraros una renta de unos centenares de libras para ayudaros á morir de hambre.

—¡Unos centenares de libras, á mí que he gastado millares!

—Tanto como eso, replicó maese Snitchey, volviendo á colocar los papeles en el cajon, tanto como eso no negaré yo. Si... decis bien, agregó siguiendo siempre allá para sí sus cálculos.

A la cuenta el abogado conocia á las mil maravillas á su cliente. Como quiera, sus modos secos y frios influian favorablemente en las malas disposiciones de este y le disponian á mostrarse mas tratable. Quizá tambien el cliente conocia á su abogado y al haber desechado sus primeras propuestas acaso habia tenido la segunda de sacar mas provecho del proyecto que á revelar iba. Levantando despacito la cabeza, el caballero Warden miró á su imperturbable abogado con una sonrisa que á poco degeneró en una abierta risa.

—Después de todo, mi temoso amigo...

Maese Snitchey designó á su socio con el dedo.

—Dispense el caballero Craggs, prosiguió el cliente. Después de todo, mis temosos amigos, prosiguió inclinándose hacia delante y bajando un tanto la voz, no conocéis vosotros la mitad de mis aprietos.

Maese Snitchey se quedó mirando al cliente con cara azorada. Otro tanto hizo maese Craggs.

—No solo estoy entrapado hasta los ojos, sino que estoy enamorado hasta perder el juicio.

—¡Enamorado! exclamó Snitchey.

—Sí!... dijo el cliente repantigándose en el asiento y mirando de arriba abajo á los socios, loco de enamorado.

—¿Y no será de alguna herolera, caballero? preguntó Snitchey.

—No de una heredera.

—¿Ni siquiera de una mujer que tenga algun caudal?

—La mujer que amo no tiene mas caudal que sus virtudes y su hermosura.

—¿No será viuda por lo menos? preguntó maese Snitchey con cierto calor.

—No por cierto.

—¿No será ninguna de las hijas del doctor Jeddler?... repuso Snitchey poniéndose los codos en las rodillas y estrando extraordinariamente la cabeza.

—Una de ellas es, respondió el cliente.

—¿Pero no la menorcita?

—La menorcita cabalmonte.

—Caballero Craggs, dijo Snitchey respirando, ¿gustais darme otro polvó?... Tantas gracias... Tengo la satisfaccion de manifestaros que no saldreis bien, caballero Warden. La muchacha está comprometida, señor mio, la muchacha está comprometida. Mi socio os lo dirá como yo. Os lo damos por cosa cierta y verdadera.

—Por verdadera, repitió Craggs.

—Y ¿quién os ha dicho que no me lo sé yo? replicó tranquilamente el cliente. Y ¿qué se me da? ¿No habeis nunca visto cambiar de resolusion á una mujer?

—Mucho que sí, algunos pleitos se han puesto por causas análogas, dijo maese Snitchey, y á viudas y á solteronas; pero las mas veces....

—¡Bueno, buenol! rompió el cliente impaciente. Lo que yo os puedo decir es que no he perdido las seis semanas que he pasado en la casa del doctor.

—Y yo por mí, dijo con valentía Snitchey dirigiéndose á maese Craggs, pienso que de todas las malas partidas que los ca-

Tom. III.

ballos del caballero Warden han jugado á su dueño, en un tiempo ú otro, la poor de todas, si el caballero Warden persiste en sus ideas, será quizá esa de que ha sido victima el dia en que su caballo le dejó tirado á la puerta del doctor con tres costillas sumidas. No lo habiamos advertido bien en la época en que sabiamos que el caballero Warden estaba sanando, merced á la buena asistencia del doctor; pero ya hoy la cosa es mas grave. La cosa es de lo mas grave. El doctor Jeddler es tambien nuestro cliente, caballero Craggs.

—El caballero Alfredo Heathfield tambien... es en cierto modo un cliente, caballero Snitchey, dijo Craggs.

—El caballero Miguel Warden tambien es una cosa así como cliente, dijo él mismo, y no de los pobres, pues ha hecho calaveradas durante unos diez ó doce años. No obstante, el caballero Miguel Warden está en ánimo de emendarse. Y para probarlo, el caballero Miguel Warden quiere casarse, si ello es posible, con Maruca, la amable hija del doctor, y llevarla consigo.

—En resumidas entenas, caballero Craggs... dijo Snitchey.

—En resumidas cuentas, caballero Snitchey y caballero Craggs, interrumpió el caballero Warden, vosotros estais impuestos de vuestros deberes para con vuestros clientes, y sabeis muy bien, lo tengo por seguro, que esos deberes no os obligan á tomar parte en el sencillo negocio de amor que me veo en el caso de confiaros. No he de robarme yo á la niña, sin consentimiento suyo. Nada ilegal he de hacer. De mas á mas nunca he sido intimo amigo del caballero Heathfield. No falto á su confianza. Quiero á la mujer que quiere él y como pueda yo, la lograré.

—No lo ha de lograr, caballero Craggs, dijo Snitchey notoriamente inquieto y mortificado. No ha de lograrlo. Ella se muere por el caballero Alfredo.

P-43

—¡Ah! ¿de veras? dijo el cliente.

—Caballero Craggs, ella se muere por él, persistió Snitchey.

—Yo no me he dormido durante las seis semanas que pasó ahora meses en la casa del doctor, y de mucho antes tenía yo mis malicias de ese amor; prosiguió el cliente. Habría llegado la muchacha á morirse por él, si su hermana hubiera podido preparar la cosa, pero no las he perdido de vista un momento. Maruca se excusaba de proferir el nombre de Alfredo, y se disgustaba de media palabra que le dijese con relación á ese amor.

—Y ¿por qué se disgustaría, caballero Craggs; por qué, gustáis decirme? preguntó Snitchey.

—Ignoro por qué, bien que no deje de estar en una multitud de razones verosímiles, dijo el cliente con una sonrisa de satisfacción provocada por la perplejidad de maese Snitchey y por los ardores de que se yulla este para sostener indirectamente una conversacion que le interesaba. Ignoro por qué, prosiguió, pero ese es el caso. Maruca era muy moza cuando contrajo ese compromiso, si es que puede emplear esta expresion; de entonces acá se ha arrepentido seguramente. Tal vez habrá visos de fatuidad en mis palabras; pero por mi ánima, hablo de veras, acaso ella participa del amor que tengo por ella.

—¡Ja, ja! os acordais, caballero Craggs, dijo Snitchey riéndose á media boca; el caballero Alfredo conoció á Maruca desde chiquita.

—Eso no hace mas que dar mayor probabilidad á los sentimientos que me imagino en ella, prosiguió con fresca el cliente. Yo la creo bastante dispuesta á querer á un nuevo admirador que se presentase ó que fuese presentado por medio de su caballo en circunstancias novelescas; sobre todo si el mozo.... mis pala-

bras sin querer tienen quizá visos de fatuidad, pero por mi ánima que no deben echarse á mala parte.... sobre todo si el mozo tiene una persona bastante buena para eclipsar al mismísimo caballero Alfredo.

Difícil era en verdad contradecir esta última observación, y muy bien lo comprendió maese Snitchey. Había efectivamente algo naturalmente amable y airoso hasta en los modos descuidados del cliente; y bien se colegía que pidiéndolo las circunstancias, debía facilitársele el agrado.

—Peligrosa ralea de liberino! habló para sí el perspicaz abogado.

—Por lo demás, servios reparar, Snitchey, prosiguió el cliente levantándose y tirando de un boton á este; y vos, Craggs, agregó tirando de la misma suerte á este otro, y colocándose en medio de ambos, servios reparar que no os pido ningun consejo. Hacedis muy bien en manteneros neutrales en un caso en que no está bien á hombres graves como lo sois vosotros, el tomar cartas. Voy á exponeros en pocas palabras mi situacion y mis proyectos; luego os dejaré el cuidado de tratar, lo mas ventajosamente posible, mis intereses pecuniarios. Tanto mejor cuanto que si me marcho con la linda hija del doctor... y es lo que pienso hacer... mi viaje será mas dispendioso. Pero esta materia es de poco momento; pues en breve, y merced al influjo de la amable Maruca, asentará completamente el juicio.

—Bueno será, me parece, caballero Craggs, que ya no oigamos mas, dijo Snitchey.

—Lo mismo me parece á mí, respondió Craggs.

Sin embargo, ambos escuchaban atentamente.

—No es preciso que escuchéis, volvió el cliente; per tanto, prosigo.... No es

mi ánimo pedir su beneplácito al doctor, pues me lo negaría. Pero no creo portarme mal con él salvando á su hija de un peligro que teme: el de ver volver á su novio. Estoy cierto á no dudarlo de lo que estoy diciendo. En lo sucesivo, y merced á vuestro empeño, se repondrá mi hacienda, y Maruca, casada conmigo, llegará á verse mas rica que jamás lo hubiera sido con Alfredo Heathfield.... Con que ya veis que todo este negocio es completamente honroso. Ahora ya sabeis cuales son mis necesidades y mis proyectos.... ¿Cuándo os parece que me vaya á ver mundo?

—¿Dentro de una semana, caballero Craggs? dijo Snitchey.

—Un poco antes, caballero Snitchey, respondió Craggs.

—Dentro de un mes, salió el cliente después de haber mirado de hito en hito las dos fisonomías... Dentro de un mes, día por día. Hoy es jueves; salga yo bien ó mal, dentro de un mes, día jueves, me marcho.

—Es largo el plazo, dijo Snitchey. Mucho muy largo. Pero en fin... ¿partis? Buenas noches, señor mio.

—Buenas noches, respondió el cliente dando un apretón de manos á los socios... Ya me vereis algun dia hacer un buen uso de mi caudal. En lo de adelante Maruca ha de ser el lucero de mi mente.

—Cuidado por las escaleras, caballero, contestó Snitchey, pues no resplandece ahí vuestro lucero... ¡Buena noche!

—¡Buenas noches!

Los dos socios se mantenian arriba de la escalera con una luz en la mano para alumbrar á su cliente, y cuando este hubo partido se miraron uno á otro.

—¿Qué decis de todo eso, caballero Craggs?

Maese Craggs meneó la cabeza.

—Hemos opinado, el día de la marcha

de Alfredo, que ocurría algo extraño entre la muchacha y él, al tiempo de la despedida.

—Me acuerdo, dijo Snitchey.

—Yo tambien.

—Tal vez el caballero Warden se equivoca de medio á medio, prosiguió maese Snitchey cerrando el cajon del cliente y volviéndose á su lugar; y si no se equivocara, tendremos que apuntar una perfidia mas, caballero Craggs. Y yo tenia confianza en aquellos lindos ojos. Parecía-me, añadió maese Snitchey poniéndose su sobretodo, pues estaba muy frio el tiempo, poniéndose sus guantes y soplando una de las velas, parecíame haber averdido en el carácter de Maruca, una mejora sensible; se parecía mas á su hermana.

—Lo mismo opinaba mistress Craggs, saltó Craggs.

—Algo daria yo esta noche, volvió maese Snitchey, que era un buen sugeto en el fondo, por poder creer que el caballero Warden ha contado sin la huespeda; pero con todo y su ligereza y su originalidad, tiene cierto conocimiento de mundo.... caro le ha costado, es verdad. En cuanto á nos, caballero Craggs, nada podemos remediar; de suerte que haremos bien en estarnos quietos.

—Nada podemos remediar, replicó Craggs.

—Nuestro amigo el doctor trata esas cosas por encima, dijo Snitchey moviendo la cabeza. ¡Como no vayan á costarle algun dia toda su filosofal! Nuestro amigo Alfredo habla de las batallas de la vida... ¡ojalá no sucumba en los primeros eucuentros!... ¿Teneis ya vuestro sombrero, caballero Craggs? voy á apagar la otra vela.

A la respuesta afirmativa de maese Craggs, maese Snitchey mató la luz; luego ambos socios salieron del aposento del consejo, el cual aposento quedó tan oscuro

como lo es la presente historia, tanto como la ley misma en lo general.

Ahora la escena pasa en un gabinete de labor donde aquella noche el bueno del viejo doctor y entrambas hijas suyas estaban sentados al amor de la lumbre. Engracia estaba cosiendo; Maruca, leía en voz alta; el doctor, de bata y chinelas, con sus pies calientemente extendidos en el suelo, estaba repantigado en su sillón y miraba á sus hijas oyendo la lectura.

En tres años, el tiempo había suavizado las contraposiciones que antes se notaban en las dos hermanas, y Maruca tenía ya la serena fisonomía de Engracia.

—Y hallándose en su propia casa, leía Maruca, casa que estas memorias hacían deliciosamente caras para ella, comprendió que la grande probacion de su corazón debía comenzar en breve. ¡Oh *home!* nuestro consuelo, nuestro amigo, cuando todo nos abandona; *home!* de que no podemos desprendernos sin dolor...

—Maruca, vida mial prorumpió Engracia.

—¡Hola, Maruca, ¿qué tienes?

Puso Maruca su mano en la que le tendía su hermana, y prosiguió leyendo con inmutada y trémula voz, á pesar de cuanto se esforzaba por disimular su trastorno.

—*Home* del que no podemos desprendernos sin dolor en ninguna época de la vida. ¡Oh *home!* siempre tan leal... en correspondencia tan frecuentemente menospreciada, ¡se indulgente para con los que se ausentan de tí, y no los mires con remordimientos demasiado agudos en su errante carrera! ¡No vean ellos en sus sueños las deleitables sonrisas de tiempos pasados!

—Maruca, de mi vida, no leas mas esta noche, dijo Engracia al ver llorar á su hermana.

—Las palabras me parecen escritas en

1 *Home*, la casa, el hogar doméstico.

caracteres de fuego, respondió Maruca cerrando el libro.

El doctor acarició sonriéndose á su hija.

—Es posible que así te trastorne un cuento! dijo; ¡papas y papel! Después de todo, tan racional es el tomar esas sofisticas por lo serío como cualquiera otra cosa del mundo. Enjúgale los ojos, amor mio; enjúgale los ojos. Ya estoy en que la heroína ha regresado tiempo hace á su *home*... Hola, ¿qué queréis? agregó el doctor viendo entrar á Clemency.

—Venga su merced por acá.

Admirado el doctor se prestó al llamado.

—Decíais que no os daría yo "una," dijo Clemency.

Cualquiera extraño que hubiera presenciado aquellas raras guñadas y el arrobamiento en que Clemency parecía hallarse, la cual se agarraba ambos codos como si hubiera tratado de abrazarse; cualquiera extraño, decimos, habría de seguro entendido que la voz "una," en la mas sana acepcion, significaba una castá carificia. Al pronto hasta el doctor se cortó; pero no tardó en recobrar su entereza luego que vio á Clemency, después de haber bien registrado sus bolsas, acabar por sacar de la última una carta con el sello del correo.

—Hay A. H. en la esquina, dijo con misterio ella presentando la carta al doctor. Va á regresar el caballero Alfredo, apuesto cualquiera cosa. Tendremos una boda... de fijo. ¡Qué dicha!... ¡Qué descapito va abriendo la carta!

Todo esto lo dijo Clemency en forma de monólogo, mientras que en medio de su impaciencia por saber noticias hacia las mas extravagantes remilgos para llamar la atención del doctor.

—Escuchad, muchacha! exclamó el doctor, es mucho para mí; en los días de mi vida he podido guardar un secreto. Por

lo demás, raro es el secreto que merezca la pena de guardarse en semejante... En fin, no hablemos de eso!... ¡Viene Alfredo, hijas de mi alma!

—¡Viene! exclamó Maruca.

—¡Hola! ¿se pasó ya la historia del libro? dijo el doctor, dando á su hija menor un pellizquito en el cachete. Ya me sabía que la noticilla secaría tus lágrimas. Guardadme el secreto, me escribe Alfredo, pienso cogerlas de sorpresa... Pero yo, á la inversa, quiero que salgamos á recibirla.

—¡Viene! repitió Maruca.

—No tan aprisa como tú lo deseas, respondió el doctor; pero en fin, viene muy pronto. Vamos á ver; hoy es jueves, ¿no? ¡Pues bien! promete estar aquí dentro de un mes, día por día!

—Un mes! repitió quedito Maruca.

—¿Qué día para nosotros! dijo Engracia abrazando á su hermana para felicitarla.

—En fin, ya está cerca, el día tan deseado!

Maruca contestó con una sonrisa, sonrisa triste, pero llena de fraternal cariño. Y al ver el radioso rostro de su hermana y al oír su voz armoniosa cantar la dicha del regreso, su rostro también brilló de esperanza y júbilo.

El doctor Jeddler, á despecho de su sistema filosófico que rara vez ponía en práctica (pero no obran de otra suerte los mayores filósofos), no podía menos de interesarse en el regreso de su pupilo, lo mismo que se interesa uno en cualquiera suceso serio. Volvió pues á tomar su lugar en el sillón, volvió á extender sus pies en el suelo; luego leyó y relejó la carta; sin dejar de hacer multitud de comentarios.

—¡Ah! hubo un tiempo, dijo el doctor mirando á la lumbre, en que tú y él, Engracia, tenían la costumbre de correr juntos asidos del brazo, ¿se acuerdas?

—Sí, respondió ella con su amable sonrisa y apurando sus puntadas.

—¡Dentro de un mes, día por día! dijo el doctor con mediatubunda traza... Y por aquel tiempo ¿dónde andaba mi hija Maruca?

—Nunca muy lejos de mi hermana, saltó alegremente Maruca; pues desde muy chiquita Engracia ha sido todo mi querer.

—Es verdad, vida mía, es verdad; dijo el doctor. Ya Engracia estaba hecha una mujercita; una buena mujer de su casa; y ¡qué amable y buena era! ¡qué pronto olvidaba lo que quería por dar gusto á los demás! Nunca en mi vida te he oído sostener nada con terquedad, Engracia, alma mía; sino sólo una cosa...

—Tomó haber cambiado mucho con perjuicio mio desde entonces, respondió Engracia sin dejar su obra. Y ¿qué cosa era esa, padrecito?

—Alfredo, naturalmente, respondió el doctor. Por precisión te había uno de haber mujer de Alfredo, y estoy en que habrías preferido este título aun al de duquesa si se hubiera ofrecido.

—De veras? dijo tranquilamente Engracia.

—¿Cómo! ¿se te ha olvidado?

—Me parece que me acuerdo de algo de eso; pero ¡hace tanto tiempo!

—Y soltose á murmurar una canción que gustaba al doctor.

—Alfredo tendrá en breve una mujer de veras, volvió ella á poco, y entonces seremos felices todos. Mi encomienda de tres años está para acabarse, Maruca; y no me ha costado trabajo cumplir con ella. Diré á Alfredo cuando te entregue en sus manos; que no has dejado de quererle tiernamente, y que nunca has tenido necesidad de mí durante su ausencia. ¿Podré decirle eso, vida mía?

—Dile, Engracia de mi alma, respondió Maruca, que no hubo nunca enco-

mienda mas generosa, mas noble y mas resueltamente cumplida; dile que no le dejado de querarte y que cada dia te quiero mas.

No, dijo alegremente Engracia besando á su hermana, no he de decirle eso. Es necesario dejar á Alfredo que adivine tu mérito. Su imaginacion no será menos liberal que la tuya, Maruquilla.

Dicho esto, volvió á su labor que por un momento habia suspendido al oír las apasionadas palabras de su hermana; luego volvió á entonar la cancion favorita del doctor, mientras que este, tendido sobre su sillón, escuchaba, llevando el compás en su rodilla con la carta de Alfredo. De tiempo en tiempo miraba á sus dos hijas, y decia para sí que entre las mil extravagancias de este mundo extravagante, las extravagancias que él presenciaba no debaban de ser deleitables.

Entre tanto, Clemency Newcome, luego que hubo desempeñado su encargo y corriendo por el cuarto para tomar parte en las noticias, bajó á la cocina en donde su "coadjutor" maese Breñaña digería su omea en medio de un acopio de cacerolas, de ollas y tapaderas tan relucientes que no parecia sino que estaba él en el centro de un salon artesonado de espejos.

De seguro la mayoría de estos espejos no le representaban de una manera muy agraciada que digamos ni tampoco era anónimos con mucho en sus "reflexiones." Representábanle unos con una cara muy larga, otros con una cara sumamente ancha. Estos le daban una traza amable; aquellos le hacían atrocemente feo, cada cual segun su manera de reflejar, semeñándose harto en esto á las diversas opiniones del vulgo sobre un mismo asunto.

Mas todos á una voz decian que en medio de ellos estaba á sus anchuras sentado un individuo con una pipa en la boca y una jarra de cerveza al lado, el cual individuo

se sonreia muy complacientemente con Clemency, quien se hallaba sentada á la misma mesa.

Con que, Clemency, ¿qué decís ahora, y qué sabeis de nuevo?

Clemency relató las noticias de Breñaña y este se impuso de ellas con gusto. Una mudanza graciosa se habia actuado en él. Habíase puesto mucho mas ancho, mucho mas encarnado, mucho mas alegre y mucho mas amable, por todos cuatro costados. Cualquiera hubiera dicho que su rostro, después de haber estado mucho tiempo apretado en un nudo, se habia de pronto y libremente abierto.

Mas quehacer para Snitchey y Craiggs, supongo, dijo aspirando muy despacio el humo de su pipa. Otra vez tendremos que dar firmas, si á mano viene, Clemency.

¡Ah! ¡ojalá me tocara á mí!

Tocaros!... ¿qué?...
Enmaridar, Breñaña.

Benjamin se quitó de la boca la pipa y se soltó á reir con todas sus ganas.

En efecto, dijo, ¿tenéis cuanto se necesita para el caso! ¡Pobre Clem!

Clemency por su parte celebró mucho esta ocurrencia.

Si, replicó, tengo cuanto se necesita para el caso... ¿no es verdad?

Nunca os habeis de casar, bien lo sabeis, dijo maese Breñaña volviendo á tomar su pipa.

De veras?... ¿Os parecéis preguntó candorosamente Clemency.

Maese Breñaña meneó la cabeza.

Pocas probabilidades hay.

Y vos, replicó Clemency, ¿no pensáis en casaros un dia de estos?

Una pregunta tan imprevista, sobre un asunto de tanta monta, exigía reflexión. Maese Breñaña por tanto, después de despedir al aire un nubarrón de humo que contempló dirigiendo la cabeza ora de un

lado ora de otro, como si aquel humazo hubiese sido la mismísima cuestion que importaba examinar bajo todos sus aspectos, respondió que sin estar perfectamente predispueto no creia sin embargo imposible la cosa, tarde ó temprano.

Quien quiera que tenga de ser la mujer con quien caseis, le deseo muchas felicidades! exclamó Clemency.

En este momento maese Breñaña se hallaba en un estado de completa beatitud, y el goce de la pipa le absorbía tan deliciosamente que apenas si tuvo ánimo para volverse hácia Clemency, para decirle con acento muy grave:

Teneis una alta opinion de mí, Clemency, y no me admiro de que así sea; pues no siempre he sido lo que ahora soy. En mis tiempos he hecho un monton de investigaciones y he leído un diluvio de libros sobre la filosofia; pues en mi juventud he seguido la carrera de las letras.

¡Oigal exclamó Clemency con admiracion.

Si, prosiguió Breñaña; por mas de dos años me he estado escondido detrás de una armazon de librería, siempre listo para brincarle á los cabezones á cualquiera que tuviese la ocurrencia de cargar con un volumén. Después he desempeñado el empleo de comisionista en la casa de un fabricante de corsés, quien me hacia cargar sus engañifas en unos cartones forrados de encerado... circunstancia que alteró mi confianza en la especie humana.

De entonces acá he vivido en esta casa, donde he oido un "mundo" de discusiones que han trastornado mi cabeza. Por tanto, después de todo eso, mi opinion es que para aquietar mi ánimo y deleitar mi vida, no veo cosa mejor que un "rallo de moscada."

Sobre este punto Clemency se disponia á sugerir una idea, pero Breñaña se apresuró á ganarla por la mayó.

"Combinada" agregó gravemente, con un dedal.

Haced lo que gustéis... ¡y las resultados, eh! dijo Clemency cruzando los brazos y acariciándose los codos para expresar el gozo que le causaba tal confesion.

No estoy cierto, repuso Breñaña, de que eso pueda considerarse como una buena filosofia... Tengo mis dudillas sobre el particular... Pero en resumidas cuentas, me doy por satisfecho...

¡Ved cómo habeis cambiado con provecho! dijo Clemency.

Lo que me hace mas gracia es que este cambio vos sois quien le ha producido, vos, Clemency. Y con todo no entiendo que tengais en vuestra cabeza ni una idea partida por la mitad.

Sin sentirse para nada ofendida con semejante suposicion, Clemency dijo riendo:

Así lo entiendo yo tambien.

Y yo hasta lo cuento por cierto.

¡Oh! teneis mucha razon, Breñaña. No pretendo yo tener una idea... ¿Para qué, Breñaña?

Por segunda vez se quitó Benjamin la pipa de la boca y se soltó á reir hasta saltárselo las lágrimas.

Cuán sencilla sois, Clemency, dijo meneando la cabeza y enjugándose los ojos.

Y ambos se soltaron á reir con todas sus ganas.

Pues bien! no puedo menos de amaros, dijo maese Benjamin; en vuestro tanto sois una excelente criatura; vengán pues esos cinco, Clem. Suceda lo que Dios quiera, os tendré siempre presente y seré toda la vida vuestro amigo.

De veras de veras? replicó Clemency... ¡Cuán bueno sois, Breñaña!

Si, sí, dijo Breñaña sacudiendo la cabeza de su pipa, os protegeré... ¡Ois!... ¡Qué extraño ruido!

¿Qué ruido?

—Parece como el de algún que cae sobre el techo, allá arriba... ¿Están ya durmiendo todos?

—Todos.

—¿No habeis oído?

—Nada.

Ambos aplicaron el oído; pero ningún ruido se oyó.

—Para que ningún recelo me quede, dijo Benjamin tomando una linterna, voy á practicar una ronda antes de irme á la cama. . . . Abrid la puerta, Clemency, mientras enciendo esta linterna.

Clemency fué á toda prisa á abrir, sin dejar de ir diciendo que todo era ocioso.

—Bien puede ser, contestó Bretaña.

Lo cual no le impidió de salir con una linterna en una mano y un palo en la otra.

—Todo está tan quieto como un cementerio, dijo Clemency siguiéndole con la vista.

Luego, echando una ojeada á la cocina, arrojó un grito, al ver dirigirse una persona á aquel sitio.

—¡Silencio! dijo en voz baja Maruca. . . Siempre me has tenido cariño, ¡no es verdad! agregó con inmutado acento.

—¡Mucho que sí! respondió Clemency.

—Ya lo sé. Por lo mismo puedo fiarme en tí, ¡no es verdad! . . . En este momento no puedo fiar de nadie mas que de tí.

—Os obedeceré con toda mi alma.

—Ahí hay, volvió Maruca señalando á la puerta, ahí hay una persona que tengo precision de ver esta noche. . . . Michael Warden.

Sorprendida y trémula Clemency se volvió de pronto y percibió una melancólica figura parada en el umbral de la puerta.

—Todavía no, dijo Maruca; porque seriais sorprendido. Ocultaos por ahí y estadme. Vuelvo dentro de un momento.

Michael Warden saludó á Maruca con la mano y se ausentó.

—No te acuestes, dijo precipitadamente Maruca á Clemency. Hace una hora que estaba yo espiando un momento favorable. ¡Por Dios! ¡no me vendas!

Asiendo la mano de Clemency entre ambas suyas, Maruca la estrechó á su corazón, y después de esta muda súplica muy mas expresiva que las palabras mas elocuentes, se retiró.

A poco entró Bretaña en la cocina.

—Nada se mueve, dijo. A nadie he visto. ¡Ved lo que es, agregó atincherando bien la puerta, ved lo que es tener una imaginación ardiente! . . . ¡Ah! ¡qué es eso?

Clemency, incapaz de ocultar su turbación, estaba sentada en su silla y temblaba de pies á cabeza.

—¡Me lo preguntais á mí, dijo, después de haberme casi matado de miedo con vuestros ruidos, vuestras linternas y todas vuestras "ideas!"

—De poco os asustais, replicó masee Bretaña apagando con precaucion la linterna que volvió á poner en su lugar. ¿Qué os ha ocurrido? Una idea, ¿eh?

Pero como Clemency le dió las buenas noches poco mas ó menos como de costumbre, y pareció dispuesta á ir á acostarse, masee Bretaña, previas unas cuantas reflexiones sobre las humoradas inexplicables de las mujeres, le dió las buenas noches tambien, y tomando una vela salió con desgaire para irse á la cama.

Cuando todo quedó sosegado, Maruca volvió á la cocina.

—Abrid la puerta de la casa, dijo á Clemency, y estaos conmigo durante la conversacion que voy á tener con "él."

A pesar de su natural timidez, Maruca ostentaba en este momento una resolucion de ánimo á que no pudo Clemency resistir. Corrió pues los cerrojos de la puerta; pero antes de torcer la llave miró con inquietud á la joven doncella.

Lejos de manifestar confusion y abatimiento, Maruca, que estaba en todo el esplendor de su juventud y hermosura, correspondió á Maruca con una mirada serena y pura. Al pensar como por instinto que la casa feliz estaba á punto de perder su tesoro mas precioso, Clemency se sintió tan lleno el corazon de congoja y lástima, que se echó al cuello de Maruca deshecha en llanto.

—Lo que yo sé es muy poco, Maruca, de mi alma, muy poco; pero sé que haceis mal. . . ¡Reflexionad! . . .

—Ya he reflexionado bastante, dijo Maruca.

—Reflexionad mas, replicó Clemency; no mas hasta mañana.

Maruca contestó con un movimiento de cabeza negativo.

—¡Por vida del caballero Alfredot! volvió rogando Clemency; ¡por vida del hombre á quien tanto habeis amado!

—Déjame salir, dijo Maruca con cariñosas voz.

—¿Queris que yo le hable por vos? . . . No pascis el umbral de la puerta esta noche. . . Esto, y segura de que os redundaria en mal. . . Pensad en vuestro buen padre. . . en vuestra hermanita.

—Ya he pensado en ellos, creémelo, Clemency. Tú no entiendes lo que hago, es preciso que le hable yo. Te agradezco en el alma tus consejos tan compasivos, y bien veo que en tí tengo una amiga leal; pero es necesario que lleve yo á cabo mi proyecto. ¿Queris acompañarme, Clemency? prosiguió abrazándola, ¿ó he de irme sola?

Dolorosamente desanimada, Clemency torció la llave y abrió la puerta. Maruca, llevando á Clemency de la mano, se adelantó en medio de la noche oscura con paso rápido y firme. "E!" vino á ella y ambos platicaron largamente y con ardor. Y Clemency sintió la mano que estaba a-

sida á la suya ponerse alternativamente trémula, fria y ardiente. Concluida la plática, volvieron á tomar el camino de la casa. "E!" las acompañó hasta la puerta, y allí, tras una breve pausa, toinó la otra mano de Maruca y la estrechó á sus labios; luego desapareció. De nuevo cerróse la puerta. Volvióse Maruca á ver bajo el lecho paterno y á pesar del secreto que á él llevaba, á pesar de su juventud, no había flaqueado su valor. Solo que aquella expresion para la cual no he hallado voz en una circunstancia precedente, brillaba en su rostro por entre las lágrimas en que estaba inundado. Dió nuevamente gracias á su humilde amiga, y después de repetirle que en ella ponía toda su confianza, entróse en su cuarto. Allí, cayendo de rodillas, púsose á rezar á pesar del secreto que abrumaba su corazon. Luego, ya que hubo concluido su oracion, allegóse serena y pálida al lecho en que descansaba su hermana querida, é inclinóse para contemplar su apacible rostro, y sonreirse con ella, tristemente, es verdad, y murmurando, cuando la estaba besando en la frente, palabras de ternura y de gratitud, por el cariño de madre que esta hermana no había dejado de manifestarle desde la infancia. Luego, habiéndose recostado al lado de su hermana, tomóle el brazo para pasarle al rededor de su cuello y el obediente brazo pareció permanecer de su motivo en aquel lugar tierno y de amparo, aun durante el sueño. Luego, por los labios, entreabiertos de su protectora, "sopló" estas palabras.

—¡Dios mio! ¡deseccidla!

Luego ella tambien se durmió, y durmió apaciblemente sin ser sino una vez turbada por un sueño en que exclamó con su voz tierna y pura, que se hallaba sola en el mundo y que todos la habian olvidado.

Presto pasa un mes, aun cuando mas

despacio camina. El mes que separaba á la noche de que acabamos de hablar del día fijado para el regreso tenía pies ligeros y caminó rápidamente. Llegó el día, día feísimo de invierno durante el cual la vieja casa se tambaleó con el soplo impetuoso de la tempestad, uno de esos días que hacen al *home* dos veces caro, y dan al rincón de la lumbre deleites nuevos, uno de esos días en que gusta uno del encierro, de las miradas alegres, de la música, de las risas, del baile, de la luz y de todos los placeres de la vida. El doctor había hecho acopio de todo eso para celebrar el regreso de Alfredo. Sabíase que no había de llegar antes del anochecer y el quería que el "aire de la noche sonase" cuando se acercara. Había invitado á todos sus amigos á reunirse para darle la bienvenida. ¡Era menester que Alfredo no buscase en vano un rostro amado! Por lo tanto todos los amigos habían sido convidados, y detenidos los músicos; puestas estaban las mesas y derramados los tesoros todos de la hospitalidad. Porque era la noche de Navidad y los ojos de Alfredo no estaban acostumbrados al acebo inglés y á su verde follaje con el cual se habían hecho guirnaldas para adornar la sala del baile.

Laboriosa mañana para todos los de la casa, y particularmente para Engracia, quien sin precipitación ni torpeidad asistía á todo, disponía todo y daba la vida á todos los preparativos. Mas de una vez durante este día, como mas de una vez durante el mes que acababa de irse, Clemency había dirigido á Maruca miradas llenas de congoja y casi de terror. Vióla pálida, mas quizá que otros días, pero notábase en su semblante una serenidad que la hacía mas preciosa que nunca. Hacia la noche, cuando se hubo puesto su traje de baile, y luego que Engracia le hubo acomodado en la cabeza una guirnalda te-

jida con las flores favoritas de Alfredo, como se lo recordaba Engracia al elegir las, tomó su fisonomía una expresión pensativa y casi melancólica que la hermosa dejó mas.

—La primera corona que ponga yo en esta preciosa cabeza será una de casada, dijo Engracia. ó soy mala profetisa.

Sonriose su hermana y la estrechó en sus brazos.

—Aguarda, Engracia; no te apartes de mí todavía. ¡Estás segura de que ya no me hace falta nada?

—Ni mi arte alcanza á mas, vida mia, dijo Engracia, ni es posible que te pongas ya mas hermosa. Nunca te he visto tan linda.

—Nunca he sido mas feliz, respondió Maruca.

—Sin embargo una felicidad mayor te espera. En otra casa tan alegre como ahora lo está esta, dijo Engracia, Alfredo y su mujercita vivirán en breve.

—Esa casa será feliz, ¿no es verdad? agregó Engracia. Tus ojos me están diciendo que así lo piensas. ¡Si, alma mia, "será" feliz, lo sé, de seguro que sí!

—¡Holal gritó el doctor entrando alegremente, ya estamos listos para recibir á Alfredo, ¿eh? No puede menos de llegar muy entrada la noche; á cosa de una hora antes de las doce; de suerte y manera que tiempo nos sobra para prepararnos á la alegría.... ¡Bretaña, echad leña al fuego. Que brille en el follaje la llama de la chimenea. Este mundo es un despropósito, Maruca, con todo y los amantes y demás.... despropósito; pero ítemos con el mundo, y haremos á nuestro fidelísimo novio un recibimiento extravagante. ¡Por mi animal agregó el viejo doctor mirando con orgullo á sus hijas, entre los demás absurdos, tengo yo casi el absurdo, esta noche, de creerme padre de dos lindas muchachas.

—Si una de ellas os ha causado alguna pesadumbre, si.... algun día.... ha de causaros otra, dijo Maruca, perdonadla.... Decidle que la perdonaís.... Decidle que siempre habeis de quererla, y....

No acabó y ocultó su rostro contra el seno de su padre.

—Tú, tú, tú hizo el anciano con amoroso acento. ¡Perdonar! ¿qué he de tener que perdonarte? Vamos, Maruca, eres una loquilla; abrázame y echa de tí esos pensamientos feos.... ¡Holal.... hágase una buena lumbre, y que todos tengan calor y todos estén alegres; ó me enoja, si no.

Amentonáronse leños sobre leños, multiplicáronse las luces, y poco á poco la casa del doctor se fué llenando de convidados, de bulla y de alegría. Los ojos de Maruca despedían un vivo brillo, y todos la felicitaban por la vuelta de su novio; teníale envidia las muchachas y los mezos consideraban muy feliz al amante esperado. Mister y mistress Craggs llegaron juntos, pero mistress Snitchey vino sola.

—Y vuestro marido? preguntó el doctor.

A esta pregunta la pluma de ave del paraíso que ornaba el turbante de mistress Snitchey se agitó como si el pájaro dueño primitivo cuyo hubiese estado vivo, y mistress Snitchey respondió que seguramente el caballero Craggs sabia por qué el caballero Snitchey no había concurrido.

—El horrendo "oficio!" dijo mistress Craggs.

—¡Véralo yo arder! repleó mistress Snitchey.

—Mi socio está ocupado en un "negocio," dijo maese Craggs, echando al redor de sí unas inquietas miradas.

—Sí, "naturalmente," dijo mistress Snitchey con tono irónico.

—Muy bien sabemos lo que vosotros

entendeis por "negocios," agregó mistress Craggs.

Y tal vez el no saber ellas palabra sobre el particular era el motivo por el cual el ave del paraíso de mistress Snitchey se agitada de una manera tan sañuda, y los pendientes de mistress Craggs repicaban como unas campanillas.

—No sé cómo es que no habeis hecho lo que vuestro socio, caballero Craggs, lo dijo su mujer.

—No sé cómo hay quien se case teniendo semejantes ocupaciones, salió mistress Snitchey agregando para sí que sus miradas le habían llegado á Craggs al alma, mientras de su lado mistress Craggs afirmaba á su consorte que el socio se aprobocaba de la ausencia para engañarle, y que á la corta ó á la larga descubriría una traición.

Entre tanto, maese Craggs sin hacer a precio á estas quejas, parecia estar sobremanera inquieto, y no recibió su sosiego hasta que percibió á Engracia á quien fué corriendo á saludar.

—Estáis deliciosa esta noche, "miss," dijole al acercarse á ella; ¿cómo está vuestra hermana miss Maruca?

—A las mil maravillas, caballero Craggs.

—Y ¿dónde anda?

—¿Cómo? ¿no la veis allá? Miradla que va á bailar.

Pusose maese Craggs sus anteojos, estatóse un rato mirando hacia donde le habían dicho, tosió; luego con traza satisfecha volvió á poner los anteojos en el estuche y el estuche en la bolsa.

Oyóse en este momento la música, y rompió el baile. El brillante fuego chispeó, se puso en movimiento, como si hubiese querido bailar tambien; á veces chirriaba, como para acompañar á la orquesta, ora despedía llamas, ora echaba rayos; parecia como quien dice el ojo del apo-

sento viejo, y de vez en cuando, semejante á un prudente patriarca lanzaba miradas oblicuas á los juveniles grupos que platicaban quieto en los rincones. Al concluir la contradanza maese Craggs vio llegar á su socio, y se estromeció como si hubiera percibido á un espectro.

—¿Se fué? preguntóle saliendo precipitadamente á recibirle.

—¡Chut! se ha estado mas de tres horas conmigo, respondió Snitchey. Ha examinado con todo escrúpulo y minuciosidad los arreglos que le hemos hecho. ...
Él. ... ¡Chut!

Interrumpiése Snitchey viendo pasar á Maruca junto á él; pero esta, sin hacer alto en los dos socios, volvió la vista á donde se hallaba su hermana y se perdió entre la gente.

—Ya veis, todo va á pedir de boca, dijo maese Craggs.

—¿No ha vuelto á tocar el asunto aquel, por supuesto!

—Ni palabra.

—¿Y de veras ha partido!

—Cumplirá en este momento debe ponerse en camino. Por mí estoy contentísimo de que se haya dado punto á esa cosa.

Maese Snitchey se enjugó la frente.

—¿Qué pensais de ...

—¡Silencio! dijo Snitchey cortando la palabra á su socio y mirando en línea recta. Os entiendo. No parezca que estamos secretando. Sobre todo, nada de nombres propios. No sé qué pensar, y hablando francamente ya no me cuidó mucho del asunto. Se me ha caído un gran peso de encima. Entiendo que su presunción le habrá clavado. Quizá la muchacha habrá sido algo coqueta. A lo menos me lo dan á creer las apariencias. ...
¿Alfredo no ha llegado?

—Todavía no. Lo esperan de un momento á otro.

—Bueno! repuso maese Snitchey enjugándose la frente. Por fin, salí de congojas, y hago ánimo de pasar la noche divertido, caballero Craggs.

No bien hubo sido proferida esta frase cuando mistress Craggs y mistress Snitchey se apersonaron á ellos. El ave del paraíso estaba en un estado de sumo desasosiego y las campanillas repticaban recio.

—Vuestra conducta ha sido el palillo de toda la concurrencia, caballero Snitchey, dijo mistress Snitchey. Ya estará contento el "oficio."

—¿Contento de qué, vida mía? preguntó maese Snitchey.

—De haber expuesto al escarnio, como un ecce-homo, á una mujer indefensa. Contemplo que eso está en las atribuciones del oficio.

—Por mí, dijo mistress Craggs, hace tanto tiempo que estoy viendo al oficio en oposición patente con todas las cosas domésticas, que me alegro mucho el saber que es el enemigo declarado de mi tranquilidad. Siquiera ahora ya sé á qué estarme.

—Vida mía, insinuó maese Craggs, yo doy mucho peso á tu opinion, pero nunca he dicho, por mi parte, que el oficio sea el enemigo de tu tranquilidad.

—No, reparó mistress Craggs repiqueando sus campanillas; no, nunca lo he dicho por lo claro, es verdad. No seriais digno del "oficio" siuviérais el candor de hacer una confesion semejante.

—Por lo que respecta á mi ausencia una parte de la noche, dijo maese Snitchey ofreciendo el brazo á mistress Craggs, seguramente que la privacion ha sido toda para mí; pero al caballero Craggs le costaba. ...

Mistress Snitchey cortó esta explicacion tomando del brazo á su marido, á quien llevó á parte.

—¡Miradme á ese hombre! dijole. ¡Hacedme el gusto de mirarle!

—¿Qué hombre, vida mía?

—Vuestro socio, vuestro predilecto.

—¿Y qué! dijo maese Snitchey poniendo la vista en Craggs.

—¿Y qué? prosiguió mistress Snitchey. Si podeis esta noche mirar cara á cara á ese hombre sin decirnos que sois engañado, burlado por él; que hechizado de una manera inexplicable, habeis venido á ser su juguete, á despecho de cuantos consejos os doy; si no conoceis esta verdad, lo mas que puedo decirnos es que. ... ¡me daís lástima!

Al mismísimo tiempo mistress Craggs preguntaba á su marido cómo era posible que fuese él tan bobo, tan topo, tan crédulo que no adivinase las tretas y mafias de Snitchey; cómo era que no advertia que la ausencia de este era el indicio de una traicion manifiesta.

Ni á Snitchey ni á Craggs pasó por el pensamiento el ir contra la corriente: ambos se conformaron con dejarse llevar hasta que la fuerza de la corriente cediera; lo cual no tardó en suceder, pues al oír el preludio de la contradanza, maese Snitchey se ofreció de compañero á mistress Craggs, mientras maese Craggs con mucha galanteria presentaba su mano á mistress Snitchey.

Ambas damas aceptaron con preciosas sonrisas. No habia dia que no se representaran de estas escenas entre los dos matrimonios, los cuales fuera de esto vivian en los términos de la mas afectuosa estrechez; pero la mujer del "pérfido" Craggs y la del "trapacero" Snitchey habrian creído terriblemente comprometidos sus intereses respectivos si no se hubiesen esforzado por estimular á sus consortes con reiterados consejos. En tanto, el ave del paraíso se hacia reparable por su desasosiego desordenado y las campanillas repiqueaban que era un gusto, mientras que maese Craggs, ya sin resuello,

se preguntaba si la danza, así como la ley, era de veras una cosa "demasiado fácil."

El doctor con su alegre rostro se pasaba de grupo en grupo: rejuvenecíase y multiplicábase para obsequiar dignamente á sus convidados. Sin embargo, quemábase la tardanza de Alfredo, y por la vigésima vez fué á preguntar á Breñaña:

—¿No habeis visto, no habeis oído nada todavía?

—Harto oscuro para ver lejos, señor. Hay aquí demasiado ruido para oír, contestó Breñaña.

—Así es bueno! así celebraremos mejor su regreso: ¿Qué horas son, Breñaña?

—Las doce en punto, señor. Ya no ha de tardar.

—El hijo de mi alma! Puede que ya vea las luces de la casa.

Alfredo las veia en efecto, pues su carruaje torcia en este momento por la vieja iglesia. Distinguia ya las ramas de los árboles, que caian sobre los brillantes vidrios; traia á la memoria que uno de aquellos árboles se mecía armoniosamente bajo la ventana del aposento de Maruca en los dias de verano.

Empapáronse en lágrimas sus ojos; latióle el corazon tan recio que á duras penas resistia su emociion. ¡Cuántas veces habia pensado él en aquella hora, en todos los delcites de aquella hora, y qué de veces habia temido que no llegase nunca!

Entre tanto ya viendo las luces de la casa mas y mas distintas. Tiende las manos, temblora al aire su sombrero, como si las luces fueran sus amigos, como si sus amigos pudiesen verle; grita, como si ellos pudiesen oírle!

Por fin, llega el carruaje cerca de las paredes del huerto, y después de mandar al postillon que pare, salta al suelo, escala la tapia y hálase en el antiguo cuerno.

Un granizo menudito, duro y tupido cubria los árboles y colgaba de las ramas

en fúnebres guirnalda que resaltaban al pálido resplandor de la luna. Las secas hojas sonaban bajo los pasos de Alfredo á medida que se acercaba el pie ante pie, á la casa.

La desolacion de una noche de invierno cubria al cielo y la tierra; pero la roja luz de las ventanas llegaba alegromente hasta Alfredo. Muchas formas pasaban y volvian á pasar; heria sus oidos el murmullo de las voces, y ya le parecia distinguir la voz de su amada. Llegaba al umbral de la puerta cuando salió azogadamente una mujer, la cual á la vista de Alfredo retrocedió dando un grito.

—Clefiency, ¿no me conocéis?...!

—No entris, respondió ella empujándose. Huid. No me preguntéis por qué. No paseis adelante.

—¿Pues qué sucede?

—No sé. Me da miedo pensarlo. Marchaos!

En este momento hubo mucho bullicio dentro de la casa. Retumbó un grito agudo y Engracia, fuera de sí y trastornada el semblante se precipitó hácia la puerta.

—Engracia! ¿qué sucede, Dios mio! exclamó Alfredo asiendo en sus brazos á la jóven.

—Mas esta, conociéndole, desasíose de sus brazos y cayó como muerta á sus pies.

Al punto una multitud desahorada salió de la casa, y en medio de la multitud conoció Alfredo al doctor, el cual corrió á él con un papel en la mano.

—¿Por Dios! ¿qué ocurre? exclamó Alfredo que arrodillado junto á la jóven desmayada queria leer en todos los semblantes. ¿Nadie, con que nadie quiere verme?

prosiguió con desesperada agonía. ¿No hay quien quiera hablarme y conocerme! ¿No hay entre vosotros quien se preste á decirme lo que pasa?

La gente murmuró:

—¿Se ha ido?

—Idol replicó Alfredo.

—Se ha fingido, Alfredo! dijo el doctor con quebrantada voz y tapándose con ambas manos el rostro: se ha fugado de casa! ¡nos ha dejado! ¡esta noche! ¡ha escrito implorando nuestro perdón!... ¡Se ha marchado!

—¿Con quien? ¿por dónde? exclamó Alfredo partiendo como para correr en persecucion de Maruca.

Pero viendo á la gente apartarse á su vista, contempló con hoscos ojos, tambaleó, luego volvió á caer á los pies de Engracia y tomó en sus manos una de las manos heladas de la doncella.

Tras esta escena vino el tumulto y la confusion: quien corrió por aquí, quien por allá; unos montaron á caballo, otros trajeron luces, pero nadie sabia lo que hacerse debía, porque no habia dejado huella alguna la fugitiva. Algunos amigos se llegaron á Alfredo para ofrecerle consuelos y tratar de conducir á Engracia dentro de la casa; pero estorbáseles él y permaneció en la misma actitud sin oírlos.

Espesa y fuerte caía la nieve. Miró Alfredo á la tierra cubierta con una sábana blanca, y dijo, pensando en Maruca, que la huella de sus pasos se borraría muy breve y que tambien se borraría su memoria; pero no sintió el desdichado la impresion del frío y se mantuvo en su actitud inmóvil y desesperada.

LA CRUZ DE UN SEPULCRO.

POR LA SEÑORITA A. M. Y G.

Era mediados de diciembre, la tarde moribunda, apenas permitía distinguir los objetos y un fuerte viento sacudia los árboles del cementerio de la parroquia del pueblo de L., á 8 leguas de Méjico. Agradable es el aspecto de este panteon, altos olivos y majestuosos fresnos están plantados al rededor de las tumbas de los sencillos habitantes de aquella poblacion.

En la tarde á que me refiero se vió llegar al pueblo de L. á un anciano, y dirigirse al panteon: allí se detuvo buscando una á una todas las sencillas lápidas de palo ó cantería y al fin allí se detuvo ante un sepulcro que estaba en el suelo cubierto con una losa verdosa y encajada una cruz de mármol gris y coronada de flores. El anciano examinó la losa y exclamó:

—Ella es! Pero esta cruz, estas flores, ¿quién las pondrá?

Como para responder á esta pregunta una mujer apareció en la puerta y se dirigió hácia la tumba de donde se apartó el anciano para examinar á la desconocida.

Esta era jóven y bastante linda, llamando particularmente la atencion sus cabellos de un castaño oscuro que la cubrian como un espeso velo.

La jóven se arrodilló ante la cruz de mármol, desató la corona, marchita y puso otra de aromáticas y blancas rosas, cruzó sus manos y se entregó á la meditacion, de la que fue sacada por la voz del anciano que le dijo:

—Señorita, ¿conoció usted á mi hijo?

—¿A su hijo de usted, señor? respondió la jóven Angeles asombrada.

—Sí, señorita, esta tumba es de mi hijo, y al ver el interes de usted, porque usted es sin duda la que ha puesto esta cruz, al ver sus oraciones fervorosas ante este sepulcro, he creído que loraba usted un amigo ó un hermano por las simpatías.

—No, nada de eso, replicó Angeles, ni aun vi una sola vez al que aquí reposa.

—¿Seria posible, señorita?

—Sí señor, no le conocí, pero el día de su entierro estaba yo en la iglesia cuando vi llegar el ataúd: ninguno le acompañaba, ni aun los curiosos del pueblo; pues como era por la mañana todos estaban en el campo; yo, solo yo, conmovida por este abandono, asistí á los funerales de este desgraciado, porque para mi juicio era muy infeliz el que no tenia ni un amigo que presenciara su sepultura. Un año pasó y todos los dias traía á la tumba unas flores y al fin le puso esta cruz.

El anciano enjugo sus lágrimas y dijo:

—Mi hijo, señorita, no mereció el morir lejos de sus parientes, pero Dios lo dispuso así: yo estaba muy enfermo y solo mandé pusieran esta losa verde sin pensar que tal vez podria confundirse con otra. Mi hijo tenia ya treinta años y era toda mi alegría; hoy pensaba trasladar su cuerpo al lugar de su nacimiento, mas no habría tal cosa, porque allí no habrá quien ponga una cruz en su sepulcro. Permita usted sea su compañero en las oraciones que hace, por mi hijo, y ojalá sea usted quien ponga una cruz en mi sepulcro.

Méjico, enero 22 de 1852.

Escrito para la Semana.

EN EL CARNAVAL.—A UNA MASCARA.

Oye, gentil disfrazada,
¿Quién eres? dime, ¿quién eres?
¿Por qué entre tantas mujeres
Vuela á tí mi corazón?
¿Quién eres tú?... En tus ojos
La luz del sol resplandece...
Y mi pecho se estremece
Al sonido de tu voz.

¿Por qué mis sienas palpitan
Y se enturbia mi mirada?...
Dime, gentil disfrazada,
¿Qué influjo tienes en mí?...
He visto mujeres bellas
En mi borrascosa vida,
Mas nunca he sentido ante ellas
Lo que tú me haces sentir.

Arráncate esa careta
Que avará tu rostro encubre,
Y deja mire el poeta
Realizada su ilusión...
Bella debes ser... muy bella...
Porque es tu cuello de armiño,
Y tus lindos pies de niño,
Y tu talle... seductor.

¿Ángel, ó mujer... me hechizas...
Como al ave la serpiente
Tu viva mirada, ardiente,
Me atrae... me atrae á tí...
Y al tocar tu linda mano,
Y al beber tu dulce aliento,
No sé, no sé lo que siento...
Si es gozar ó si es sufrir...

Seas ángel ó demonio,
O mundanal hermosura,
¡Yo te amo!... porque fulgura
En tus ojos viva luz,
Y esa luz que se desprende
De tus pupilas de fuego,
A mi corazón enciende
Porque le comprendes tú.

Si, la luz es del talento
La que brilla en tu mirada,
Es la luz del pensamiento
Que alivo se eleva á Dios:
Es esa luz misteriosa
Que el espíritu ilumina;
Es de la bondad divina
El mas grande y rico don.

Levanta solo un instante
Ese antifaz importuno...
No tengas temor ninguno,
Que aunque no fueras, mujer,
Tan bella cual te imagino,
Te adora con entusiasmo
Porque ya me has cautivado
Tu talento y tu alivez.

¿Cede á mi ruego... no quieres?...
¡Ah!... ya alzas la blanca seda...
No te conozco... pero eres
Mas bella que te creí...
Incitante y voluptuosa,
Tu boca es nido de amores,
Y tu mejilla una rosa,
Y tu alba frente un jazmin!

No te conozco... me dices
Que ó mi amor tu amor responde,
Pues bien, seremos felices,
O desgraciados los dos...
Con entusiasmo infinito
Te adoraré si me adoras...
Mi porvenir está escrito
En tu engaño ó en tu amor.

Con tu amor... me alzaré osado
Y conquistaré alto nombre;
Con tu engaño... desgraciado
Será, tal vez criminal.
Quiero el todo por el todo
Me has dicho; pues bien, juguemos...
Si eres falsa... olvido y lodo...
Si eres fiel... nombre inmortal.

Mejico, 1852.

LOS TELÉGRAFOS.

POR ASMODEO DE BAST.

Tambien en el arte de corresponderse desde lejos y con rapidez por medio de señales son nuestros maestros los antiguos. Los sirios, los egipcios, los judíos y los chinos, han aventajado mucho la ciencia del mudo lenguaje de los signos. Los persas, durante la guerra médica, se comunicaban así con perfeccion maravillosa; llegaban en dos dias á Luza las noticias de Atenas, y hoy se sabe que en China el gobierno central de Pequín en unas cuantas horas se impone de lo que pasa en diversos puntos fronterizos del celeste Imperio.

El príncipe de los poetas, Homero, habla en la Iliada de ciertas señales de fuegos de que se servian los griegos para atacar á los troyanos ó para rechazar las salidas de los soldados de Priamo. Pero Eschiles, en su tragedia de Agamenon, es todavía mas explícito. La nueva de la toma de Troya comunicada á Clitemnestra un vigía que ha estado diez años esperando el momento solemne en que una lumbre encendida en el monte Ida y repetida de distancia en distancia lleve á Argos la certeza del feliz suceso.

El historiador Polibio asegura que Filipo, rey de Macedonia, padre de Perseo, dió mucho incremento el arte de las señales: las explicaciones que da Polibio conducen naturalmente á pensar que el sistema telegráfico de escribir era conocido de los macedonios.

César parece que fué el primero de los

generales romanos que se sirvió de señales para reunir los diversos cuerpos de su ejército, y tal vez á los galos fué á quienes debió esta importante mejora para la unidad del mando, la uniformidad de los movimientos y la rapidez de las marchas; pues los galos en efecto se comunicaban desde largas distancias por medio de ciertos gritos cuyas misteriosas sílabas no eran conocidas sino de los druidas¹ y de los jefes supremos de la confederacion gala. César, cuyo vasto entendimiento no perdía ocasion alguna de triunfar, comprendió todo el partido que podía sacar de esta correspondencia aérea, y adoptó la TELEGRAFIA² de las Galias, así como había hecho que el senado romano adoptase las armas, la disciplina y los dioses de aquellos mismos.

César en sus Comentarios dice que un suceso que había ocurrido en Orleans al apuntar el dia, era sabido en Auvernia á las nueve de la noche. El pensamiento de aquellos pueblos á quienes los romanos llamaban bárbaros, había corrido un espacio de mas de ochenta leguas en quince horas, mientras las cartas de César al senado no llegaban á Roma, en las estaciones mas favorables, sino en siete dias y medio. ¿De qué lado estaba la barbarie?

Desde entonces los romanos levantaron, de distancia en distancia sobre los ca-

¹ Sacerdotes.

² Arte de construir, dirigir, observar los telégrafos; conocimiento de las señales, de los signos telegráficos.

minos magníficos de que surcaban las regiones que conquistaban, unas torres en que se mantenían unos atalayas encargados de comunicar las señales que percibían. Un bajo relieve de la columna trajana atestigua hasta el día de hoy el empeño sumo de los generales romanos por este cambio importante de comunicaciones: este bajo relieve representa en todos sus pormenores una atalaya telegráfica y distingue en él muy bien no solamente los soldados que espían las señales de la torre inmediata, sino también las poleas y los cables que deben servir á repetirlos á los lejós.

Se ha dicho que el arte de las señales había desaparecido en la edad media; pero esto es un error. Los griegos de Constantinopla no eran hombres de olvidar unas operaciones mecánicas ó vocales que podían servir á la duplicidad y á la traición, así como á las leales proezas de los guerreros. San Luis, en la toma de Tiro y de Cesarea en 1251, se sirvió de señales para llamar á sí á un cuerpo considerable de cruzados que operaba en otro punto de la Palestina: consistían estas señales en una cruz de raso rojo que se elevaba al aire de la misma suerte que los muchachos empujan en el día sus cometas, y unos agudos gritos del pífanó, de los cuales cada arpegio tenía una significación conocida de antemano. Además los árabes por el mismo tiempo se comunicaban á distancias enormes por medio de banderas, luces y clarinadas.

En el siglo quince un fraile nombrado Tritemo publicó un sistema de *estenografía* para transmitir noticias á cualquiera

1. Está averiguado que el juego del coneta (*popotele*) data del siglo doce y se sabe que en los ejércitos de la cruzada los que hacían el oficio de correos eran los servidores ó aleros de los príncipes que comandaban las tropas. El empleo de estos correos es el que usurparon las cruces de raso echadas al aire y sostenidas con cuerdas.—V. del 4.
2. O TAQUIGRAFIA, arte de escribir con tanta velocidad como se habla, usando de ciertas figuras y notas.

distancia, con el auxilio del fuego. Por desgracia la obra de este fraile se perdió en el saqueo de un monasterio de Lorena, y las pesquisas de los sabios para hallar las copias, que verosíblemente existen aun, han sido hasta el día infructuosas.

El invento de la telegrafía pertenece á los tiempos modernos, y á la Francia es á la que deberá el mundo este útil cuanto ingenioso descubrimiento.

A fines del siglo diez y siete el sabio académico Amontons¹ tuvo la idea de aplicar los telescopios á los telégrafos: propuso emplear los anteojos de larga vista á la observación de señales que representasen las letras del alfabeto para los que tuvieran la clave de su sistema, cuidadosamente explicado en varias memorias que publicó sobre el particular; pero los ensayos no correspondieron á lo que generalmente se esperaba, y como en 1676 los descubrimientos científicos no salían del recinto de las academias, la idea fecunda de Amontons quedó enterrada en el polvo de las bibliotecas.

Un siglo después, en 1784, el profesor Bergstrasser, de Hanóver, publicó un tratado de *sintemografía*: evidentemente el sabio hanoveriano había tenido conocimiento de los trabajos del académico francés. La Alemania leyó, discutió, disputó, escribió á favor y en contra del sistema de Bergstrasser, hasta que las sedudas cabezas del otro lado del Rin declararon impracticables las ideas del hanoveriano. La Inglaterra, á la cual servía ya de desembarcadero el Hanóver, adoptó el sistema de Bergstrasser, dió al autor una suma de cinco mil libras esterlinas² á título de ayuda, se hizo dueña de la teoría y la perfeccionó, con mucha sorpresa para los gaceteros y los sabios alemanes que se dolían de que la Inglaterra malgastase así su dinero.

1. Amontón.
2. Veintidós mil pesetas.

Como quiera, los trabajos de Amontons y de Bergstrasser no apresuraron el nacimiento oficial del arte teleográfico. La Francia, con ese soberbio desden que la distingue para con sus hijos, ignoraba hasta el nombre del modesto y paciente académico que había querido enriquecerla con una idea maravillosa y la Inglaterra, satisfecha con haber gratificado á un extranjero por el descubrimiento de un instrumento cuya importancia política no había medido todavía, se pavoneaba entre su azúcar y su canela, sin mirar á sacar provecho de su compra.

A la revolución francesa estaba reservado el adoptar la ciencia telegráfica y asociarla á sus grandezas y á sus victorias.

Varios sistemas de trasmisión de palabras ó síguos habían sido presentados á la Convencion; pero el 22 de marzo de 1793 se fijó esta asamblea en el método de que era autor el abate Chappe.

No era este sugeto ni un sabio, ni un académico siquiera: era simplemente un hombre serio, paciente, sagaz, muy inteligente y muy constante en el trabajo, y que no debía su descubrimiento sino á una feliz casualidad. Cuando se hallaba en el seminario tuvo la ocurrencia, para comunicarse con sus hermanos, que estaban en una pension que quedaba enfrente de sus ventanas y á una distancia considerable, de componer un tren completo de *telegrafía* y de inventar unas señales. Esta misma teoría y práctica, perfeccionada peregrinamente por el celebre relojero Breguet, fueron las que el abate Chappe y su hermano ofrecieron á la Convencion el 22 de marzo de 1793. La Convencion no desperdiciaba el tiempo siempre que se trataba de consagrar por una sancion legislativa una conquista útil á la República: el 24 de abril Lakanal, relator de la comision nombrada para examinar el sistem del abate Chappe, da cuenta de

los experimentos que se han hecho en una línea de nueve leguas; estos experimentos han dado buen resultado, y se ha calculado que un parte de Paris á Valencienes podia despacharse, transcribirse y publicarse en trece minutos y cuarenta segundos. Lluéven aplausos de todos los puntos de la cámara, y en sesion permanente la asamblea vota por entusiasmo los fondos necesarios para formar la primera línea; confíase su direccion al ministro de la guerra, y el abate Chappe recibe el título de ingeniero teleográfico con sueldo de subteniente de ingenieros. Era mezzquina la recompensa, pero la fiebre cívica que inflamaba á todos los corazones daba un precio considerable á los espartanos testimonios de la gratitud legislativa.

En 1794 quedó concluida la línea telegráfica de Paris á Lila: por una feliz casualidad la primera noticia que por ella se transmitió al gobierno fué la del recobro de Condé por las tropas republicanas. Apenas ha entrado en la plaza el último soldado francés, cuando la Convencion se impone del glorioso suceso; el punto decreta la Convencion al ejército del norte "benemérito de la patria," y que Condé en lo sucesivo se nombrará NORRE-LIXE. Una hora después de la votacion, el presidente anuncia que el decreto ha llegado á su destino, y que todo el mundo, ciudadanos y soldados, le vitorea. Esta farisa patristica y científica surte el efecto que de esperarse era, y la Convencion decreta. Inego otras líneas para comunicar á Paris con las fronteras, á fin de cimentar mas y mas la unidad del gobierno de Francia.

No tuvo bastante vida la Convencion para establecer las líneas que habia votado, para crear todas las que deseaba crear; pero si tuvo ella la gloriosa iniciativa de un beneficio que valia mas que veinte batallas ganadas.

En 1798 la línea se extendió hasta Dunkerque; Bonaparte la prolongó en 1803 hasta Bruselas con ramales sobre Bolonia. En 1809 y 1810 se le añadió Amberes y Amsterdam.

La línea de Estrasburgo se había formado en 1798 y ramificada hasta Huninga. La línea de París á Brest data del mismo año. En 1799 el Directorio disputó la línea del Mediodía que paró en Dijon. En 1805 el emperador la prolongó hasta Milan y en 1810 hasta Venecia. La restauracion dispuso la línea de Leon á Tolon, etc.

La telegrafía que hoy se usa es con corta diferencia la que perfeccionaron los hermanos Chappo y Breguet.

En 1843 se trató de fundar telégrafos nocturnos, pero no ha vuelto á hablarse de ellos.

Los telégrafos no siempre comunican noticias políticas: en estos últimos tiempos se ha preguntado si no debería ponerse á la disposición de los particulares y al servicio de sus intereses, de sus antojos y de sus placeres. Ignoramos si semejante pregunta se ha hecho con seriedad; pero lo que sí sabemos es que el gobierno tan estúpido que diera oídos á los deseos del agiotaje político ó del agiotaje puramente comercial no tardaría en arrepentirse de su debilidad, pues confiar una fuerza pública tal como el telégrafo á las manos del primer quidam que tuviese con que pagarle, sería tanto como ofrecer como presa á la audacia de un incendiario ó de un asesino, el honor, la gloria y la libertad de la patria. ¡Librenos Dios de los telégrafos ómnibus y del telégrafo nocturno!

En los tiempos serenos, bajo la autoridad de un gobierno regular, el destino del telégrafo es prestar servicios inmensos. El alma, la unidad del poder público se manifiestan como quien dice, merced á él, hasta los puntos mas distantes del territorio. Con él, en los tiempos de guerra, púe-

dese animar el espíritu público, improvisar batallones en una hora, organizar la victoria; pero en una época de trastornos, de incertidumbres políticas, de facciones, digámoslo francamente, el telégrafo es inútil si es que no estorba.

“La telegrafía, ha dicho M. Denys, es de todos los resortes que emplea el gobierno, uno de los mas poderosos, así como es el mas rápido. Hoy es la seguridad del Estado, su fuerza administrativa. . . . según nosotros, y para todo el que lo ve despacio, el telégrafo viene á ser, en la organización social, la expresión mas activa del ingenio de la civilización.”

Conformes; pero ¿el honorable M. Denys tenía presentes, al escribir estas líneas, las sumas dificultades de los tiempos en que vivimos? ¿tenía él presentes á esos malvados, gladiadores pagados de todos los partidos que de ordinario auguran el pillaje y el incendio de los monumentos públicos con la destrucción de los telégrafos? ¿No ha comprendido él, con la historia en la mano, que la suma civilización toca muy cerca á la suma barbarie, y que mucho antes de ser vencidos por los suavos, los francos, los gótipidos y los germanos en el campo de batalla, ya lo había sido el pueblo romano en el Foro por los soldados protorianos y el populacho de Constantinopla? Las invenciones, aun las mas sublimes, no salvan á las naciones; Arquímedes, con todo su ingenio, no logró escapar á Siracusa de un sangriento asalto, y los telégrafos aunque llevan consigo el germen de la civilización, no dilatarán la decadencia de la Francia, si la hora señalada por los inmutables decretos de la Providencia llega á sonar.

Los antiguos sistemas de mejora de la telegrafía no han apagado la sed de locomoción moral y animal que consume á nuestra vieja sociedad. Se ha buscado

1) Facilitad de in vertere.

en la electricidad un medio mas rápido de comunicación y se ha encontrado.

“Cosa extraordinaria! la telegrafía eléctrica había sido controvertida en algunas academias antes de 1790, y ocupábase con ella en España en 1796. El establecimiento de los caminos de hierro ha hecho revivir la idea de aquella ciencia y la ha puesto mas en boga porque la vecindad de los ferrocarriles hacia menos onerosa su ejecución. Se han construido pues telégrafos eléctricos en Munich, en Bélgica, á lo largo del camino de hierro de Londres á Bristol, y los señores Weatherstone y Cooke á quienes se debe esta aplicación del electromagnético han acabado uno algunos años hace, de Pá dinton á Eslá á lo largo del principal camino de hierro occidental.

Su tren se compone de alambres sostenidos por estacas en todo el camino y que sirven de conductores: hácese las señas con el auxilio de agujas magnéticas adaptadas á un cuadrante en el cual figuran las letras del alfabeto y otros signos. La trasmisión del fluido eléctrico por medio un pequeño aparato galvánico hace tomar la misma posición á las agujas colocadas en las dos extremidades de la línea, de suerte que el signo indicado en una de ellas con la mano se repite naturalmente en la otra. Para dar el aviso al estacionero, un pequeño martillo sopesado por una corriente eléctrica hiere sobre una campana.

Este sistema que es capaz de perfección

narse aun tiene en sí un grande inconveniente, á saber la facilidad con que puede ser destruido por accidente ó por maldad. Basta en efecto con que se rompa uno de los hilos para cortar toda comunicación entre dos apostadores. La prueba de esta triste posibilidad se ha palpado en París cuando los sucesos de 1848. El telégrafo eléctrico que sigue el camino de hierro de Ruan fué mutilado, y ruaseses y parisienses se encontraron de repente en tres siglos de atraso; pues el flujo de la barbarie sube mas aprisa que el de la civilización, y un hombre civilizado que halla su esperanza frustrada se vuelve mil veces mas estúpido y mas torpe que el hombre bárbaro que desde su infancia se ha familiarizado con los accidentes, defectos necesarios de su impotencia.

Desde diciembre del año pasado está establecido de Inglaterra á Francia un telégrafo llamado submarino, porque su línea corre debajo de la mar atravesando el canal de la Mancha: compónese de cuatro alambres de cobre encerrados en bule, entretijidos con un número correspondiente de cuerdas de cástano, formando, con una mezcla de alquitran y sebo, una cuerda de cosa de una pulgada de diámetro; otra cuerda preparada de la misma suerte rodea este cordón; por último, diez alambres de hierro galvanizado del grueso de un tercio de pulgada, están entrelazados al rededor de este centro. Esta cuerda tiene veinticuatro millas de largo y pesa cinco setenta é ciento ochenta toneladas (3,400 á 3,600 quintales).

En nuestra república el infatigable empeño del señor don Juan de la Granja ha logrado establecer una línea telegráfica electromagnética de Puebla á esta capital de la Confederación, y de la cual se están palpando los mejores efectos.—RR.

ERRATAS.

En la página 348, columna 2ª, lín. 17 en lugar de ecce-homo debe ser ecceho-

mo. Y en la línea 45 en lugar de á parte debe ser APARTE.